

POR TIERRAS DE CASTILLA

LA SIERRA DE SAN CRISTOBAL

(CAMERO NUEVO)

I

UN céfiro sutil refresca mi faz. Aire purísimo de sierra, que anuncia la proximidad de colosos nevados. Hemos atravesado la tierra rojiza del llano y serpenteado todo el valle donde el Iregua tiene sus reales. ¡Islallana, Torrecilla, Pradillo, Villanueva...! toda una serie de simpáticos pueblecillos. El auto nos ha dejado en el empalme, y ha continuado hasta el final de su ruta: Ortigosa.

Cabalgando en una mula, estilo del país, vamos por la carretera de la derecha, la del Rasillo. Atardece. Bellas campiñas que aún se hallan sumergidas en el profundo sueño del invierno, tonos pardos de los labrantios; surcos para la patata y por todas partes hojas secas de robledales y zagorros que se encuentran diseminados por el terreno y esperan en sus puestos el retoño primaveral, para desaparecer en la tierra; variedad de gamas, entre las que sobresalen las que dan los pinares de la Umbria, siempre serenos, siempre dando una nota de optimismo y de paz. Este pino castellano, no es como el gallego de que nos han inundado toda Vizcaya, no es tan hosco, tan sensible; es más fuerte, más dominador, más claro. Paz por todas partes y un algo así como si formáramos parte de un cuadro de Corot.

II

El Rasillo

Se divisa la silueta del pueblo: los azulados zig-zagueos del humo de las chimeneas que se encuentran ahora *en forma*, nos hace pensar en la sopa serrana que nos servirán para cenar.

Pueblo de altura, es de lo más típico que he podido ver. Tiene un conjunto bien unido, parece como si quisiera defenderse de los temporales crudos del invierno y

afrontase con tesón su empuje. Por entre el caserío sobresale la torre de la Iglesia, poniendo una nota de religiosa gallardía, y dando al horizonte líneas de esperanza. Sus calles empedradas, sus portaladas amplias hablan de pasada hidalguía; en efecto, su Colegio, hoy en ruinas, ha dado inteligencias privilegiadas, que esmaltaron con su saber la historia de la vieja Castilla en el siglo pasado. Sus moradores, campesinos en su mayoría, dejan entrever en sus conversaciones la enseñanza recibida en sus años juveniles.

Una vueta por sus calles y a cenar. Clarea la luna, enseñoreándose del campo; flota en el ambiente un silencio apacible, sin que lo altere el rumor de la brisa.

III

Al día siguiente: La Sierra

Día de San José, fiesta en todos los sitios. Oigo misa y seguidamente en *plan alpinista*, a la cumbre. Un palo, pantalón y camisa, son las prendas suficientes en un día tan hermoso como el que hoy hace. Son las 8,05 cuando dejamos el pueblo. Por las eras arriba, esmaltadas de fina hierba, subimos con entusiasmo; pronto nos encontramos en los pinares, que dejamos a la izquierda para pisar el *Collado* a las 8,25. Vamos ahora muy despacio, pues el que me acompaña, va provisto de escopeta y está a cada paso fijándose en el rastro del perro; bajamos por un barranco, llegando a un pintoresco riachuelo, llamado Ajenzana y cruzando este, nos internamos en la otra ladera, Zarazuela. Llegamos a su majada, a las nueve y cuarto después de haberme quedado con algunas marcas en la piel, consecuencia de ir desnudo y por sitios descaminados; la cuesta es suave y sin apercibirnos llegamos al alto de Solanillas (1625 m.). Da gusto pisar los senderos de la cumbre, unas veces sobre nieve y otras sobre fina hierba por entre retama y brezo; mi acompañante me advierte haber llegado a un famoso paso de palomas, jabalíes, corzos, zorros, etc. Lagunitas (1.675) ¡Qué hermoso efecto produce la nieve desde aquí! Cubierta de ella se encuentra la ladera toda de las Terreras y el sol pule su tono, formando contraste de colores violetas las sombras que dan los hayedos; mi alma se estremece de emoción y prorrumpe en un canto.

*¡Nieve augusta de la altura!
 Tu immaculado blancor
 ha penetrado en mi alma
 ungiéndola de emoción.
 Robusteciendo mi fé,
 y desdiciendo el dolor
 sígo adelante el sendero
 por el bucólico alcor
 pleno de franciscanismo
 y optimista ensoñación...!*

A las 10,05 nos encontramos en la cumbre de las Tres Marías (1.800 m.) dando cara al San Lorenzo, que parece se halla a nuestro lado, tal es su proximidad, y reluciente con sus crestas, blanco de plata. Ahora vamos caminando por la cumbre en dirección Sur, subiendo al poco rato un altozano, Pico de la Umbría Media, donde se encuentra la mojonera de Brieva y el Rasillo.

Pronto nos hallamos en lo más alto de la Sierra de San Cristóbal (1.835 m.) Ostenta en su cumbre un mojón bien cuadrado, en él deposito mi tarjeta y seguidamente nos entregamos de lleno; a la contemplación del paisaje. Estamos en el centro del círculo que forman los macizos más importantes de la Cordillera Ibérica; hacia el Norte, vemos en primer término, Toloño, asomando por detrás de este su perfil, nuestro Amboto, Gorbea y Aizgorri; hacia el Noroeste yergue su ingente mole el monumental San Lorenzo, y San Millán, al Oeste; al Sur, los Picos de Urbión y al Oeste la Sierra de Neila, al Sudoeste la Cebollera y hacia el Este y al fondo, el Moncayo y más distantes aún, los Pirineos aragoneses; en fin, el espectáculo es maravilloso y más en un día tan magnífico como el hoy que hace; se paladea la grandiosidad del ambiente que nos ofrece la eterna serenidad de estas moles, cubiertas de nieve; aquí se ve la nada de los hombres y la grandeza de Dios; aquí, en estas alturas, cara al Cielo, ¡cuán míseros y pequeños nos parecen los afanes de los humanos que en el bullicio de las ciudades se mueven y se agitan por el logro de vanidades efímeras...! y ¡cómo el alma, libre de cuidados materiales, se eleva a la contemplación de las ideas más puras y nobles, acercándose al Supremo Sér, fuente perenne de eterna serenidad, de eterna salud...!

A las doce regresamos por Cerrauco (Majada), y después de pasar por el riachuelo Vacarizas, nos internamos en los pinares, llegando al Rasillo para las dos menos veinte. Al día siguiente, de vuelta en Bilbao.

ANDRÉS ESPINOSA.

(De la «S. D. Amorebieta»)

